

rencia golpe mortal, y en casos como este es donde se prueban las ventajas que reporta al individuo formar parte de poderosa colectividad, y cuando se comprende la conveniencia, hasta egoísta, de poseer una patria fuerte y protectora.

En la popularidad que desde el primer día de ser lanzada disfrutó la candidatura de una princesa de la casa de Inglaterra para el trono español, podría, sin embargo, advertirse un síntoma de los anhelos de regeneración, saludables y necesarios. Los leves indicios de descontento de los que hubiesen deseado a la futura reina católica desde la cuna, se pierden en el movimiento de simpatía de los que esperan que esta dama, educada en países más vigorosos y más infiltrados de sentido moderno, nos traera las modas morales e intelectuales de su tierra. Un aura de esperanza sopla alrededor del idilio regio, y una ligera, desmayada y anémica ilusión se aferra a ver en una circunstancia halagüeña garantías para el porvenir... Y esta es la razón de que muchos crean (según suele creerse al rasgar la primer hoja de un nuevo calendario) que vamos a entrar en vida diferente, europea, próspera, al verificarse el enlace. Yo de mí sé decir que el curso caprichoso, casi siempre impensado, de los acontecimientos históricos y de la evolución nacional me ha hecho enemiga de pronosticar nada; por otra parte, aunque la acción que puede ejercerse desde el trono es muy poderosa, no la considero capaz de transformarnos, así de la noche a la mañana. Hasta doy por seguro que si la *young lady* de Mouriscot viniese aquí animada de intentos regeneradores, su misión sería terriblemente difícil, y se concitaría escondidos enemigos, odios secretos y antipatías feroces.

### LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Nadie se preocupa de la Conferencia de Algeciras. Es decir: nadie se preocupa en Madrid. Es probable que en Berlín, Londres y Viena sea en cambio grande la expectación.

Los periódicos ilustrados publican fotografías instantáneas, retratos de los representantes de las potencias, vistas del comedor del hotel, moros envueltos en sus blancos alquileles, que rebozan sus semblantes sagaces y ladinos, de verdaderos diplomáticos; pero ni por tanta información amanece más temprano; a nadie oigo que pregunte con ansiedad: «¿Y cómo va eso de Marruecos? Y nosotros, ¿qué perdemos, qué ganamos?»

Y es que en los espíritus no cabe la idea de guerra alguna en la cual España hubiese de tomar parte. La epopeya de África, todas aquellas himnodias de la campaña de Odonell y Prim, están más lejos para nosotros que si perteneciesen a la gesta y el Romancero de Cid Rodrigo Díaz de Vivar. No atravesamos, no, un momento belicoso; no tiene nadie, que yo sepa y vea, ganas de emprenderla con nadie a cintahazos.

Un cansancio invencible; un deseo profundo de tranquilidad y de normalidad; un gran escepticismo en política: he aquí la principal característica de nuestra situación moral a la hora presente. Y de la política exterior, ni hablar querríamos. Se dijera que el ideal de España, a la hora presente, consiste en no pensar más que en lo relativo y menudo de la vida diaria, y que todo lo que puede envolver un esfuerzo, un gesto de fuerza, de sacrificio, de previsión, despierta recelos. Amodorrada, fatigada, España de buen grado cedería la primogenitura, si primogenitura le restase que ceder, no por un plato de lentejas, sino por un colchón en que tenderse y un rayo de sol para calentarse y alegrarse.

Esta inclinación a evitar derroches de energía, este alejamiento instintivo de lo que impone actividades vivaces, se refleja en todas las manifestaciones de nuestra vida. ¡Se podría escribir tanto y tanto sobre el asunto, que será mejor no escribir nada; el sermón se perdería entre los remolinos de arena y las secas espinas del desierto! Para definir con pocas palabras tal estado del espíritu, en los momentos actuales, yo diría que atravesamos un período de interés grande por las cosas chicas, y de interés nulo por las grandes cosas.

Obsérvese y se verá confirmado el diagnóstico. Hieren a *Bombita*: interés grande. Se celebra la Conferencia de Algeciras: interés nulo.

Que los españoles residentes en Marruecos no han de ganar nada con la Conferencia, es cosa que se ve venir, que la prensa anuncia y que a nadie sorprende, aunque a nadie tampoco perturbe en la tranquila degustación de la taza de café y en la soñolienta aspiración del humo del cigarro. Los ramos de industria creados por españoles en el África acaso reciban con los acuerdos adoptados en la Confe-

Acaba de morir uno de esos hombres que (al menos desde afuera, quién sabe lo que cada cual lleva oculto en su corazón) ha sido todo lo feliz que en la tierra se puede ser. Me refiero al rey Cristián IX de Dinamarca. Excelente hombre y ejemplar esposo, padre de dilatada familia, vió a su prole ocupando altos tronos: un hijo en el de Grecia, dos hijas en los de Inglaterra y Rusia. Sus gustos eran modestos, sencillos; su salud estuvo en relación con sus gustos, y como no la estragó, pudo conservarla hasta la avanzada edad de ochenta y ocho años, a la cual acaba de morir sin agonía, sin sufrimientos, en tránsito casi insensible. En nuestro siglo, ó mejor dicho en el siglo que ya no es nuestro, el trono de este rey no se vió sacudido por las revoluciones; la existencia de Cristián IX corrió entre alegrías íntimas y deberes cumplidos, más semejante a la de un buen ciudadano que a la de fastuoso monarca. El puñal, la pistola, las bombas de los anarquistas no amenazaron su existencia; en el seno de su familia no sucedieron esos dramas sombríos que han arrojado cendales de duelo sobre los palacios de Austria, de Baviera, de Bélgica, de Sajonia. Venturosa ancianidad, venturosa muerte la del que acaba de extinguirse como un astro poco brillante, que se eclipsa a su hora, apaciblemente.

La Cleo de Merode, rosa de beldad ya marchita por el cierzo de otoño, se exhibe estos días en la Zarzuela. Su cara es un bloque de yeso; sus trajes, a lo menos una parte de sus trajes (pues todos no los he visto), inferior a los que lucen la Sobejano y otras tipleas de Apolo. Saca, eso sí, alguna joya que no desdise de su mundial reputación, unos brillantes como garbanzos, sujetos por un hilo de platino tan sutil, que parece un cabello. Por lo demás, ninguna maravillosa sorpresa parece haber traído en los pliegues de su ropaje la bailarina parisienne.

Así y todo, el espectáculo ha atraído al público, como siempre lo atraen los de igual índole, plásticos y excitantes. La mímica de Cleo ha sido juzgada con poca benevolencia; pero todo el mundo ha desfilado por la Zarzuela para darse cuenta, por sus propios ojos, de lo que Cleo vale ó no vale. Porque este es el razonamiento decisivo: ciertas cosas «hay que verlas.» Se compra así el derecho de opinar... y de opinar en materias que no requieren poner en prensa el entendimiento.

Un suceso dramático (por dentro) ha sido el de la muerta viva; la señora que ha pasado diez días en el depósito de cadáveres sin señales de descomposición, y sin que, por lo tanto, se resolviesen a darle sepultura. Se creía en un caso de catalepsia, y se esperaba que, de un momento a otro, abriría los ojos y recobraría la conciencia de sí misma. No fué así: transcurrida la decena, plazo bien anormal si hubiese muerto desde el primer instante, la descomposición se produjo. Y he aquí el problema: ¿estaba muerta ó en catalepsia la señora cuando ingresó en

aquel triste lugar? ¿Posee la ciencia medios de despertar del sueño cataleptico a los que acomete? ¿Puede sobrevenir la muerte durante ese estado en que tantas funciones vitales se encuentran interrumpidas?

A mí lo que me preocupaba era la situación de los hijos de la dormida con sueño que al cabo ha venido a ser el último. Mil veces más dolorosa que la desgracia ya conocida y sufrida, que al cabo tenía el amargo consuelo de lo irreparable, era esta incertidumbre desgarradora, que debió de despedazarles el alma.

La muerta... no me daba lástima: si para ella todo había terminado, si el reposo definitivo había sucedido a las agitaciones y luchas del vivir, no sé si era deseable bienes hacer votos porque despertase, porque sus ojos volvieran a ver la luz del día... ¡Pero los hijos! En ellos pensaba, en ellos, porque ¿cómo tendrían el corazón durante la angustiosa espera de noticias, cómo sentirían la contracción del terror cada vez que a su puerta llamasen! Ellos sí que agnizaron todo el tiempo que tardó en saberse que la muerte era real... Y como símbolo del cariño de que continuaban rodeando a su madre, en calentar el frío depósito se gastaban arrobas y arrobas de carbón; la temperatura era la del amor que hasta más allá de la muerte extiende sus dominios...

Por muy actual que sea, yo rehuyo siempre la cuestión de política interior que envuelve la famosa ley de los delitos contra la patria y el ejército. Para exponer opiniones acerca de ella, tendría que trazar extensas páginas y estudiar antecedentes, probabilidades, historia y sociología. La única afirmación concreta que cabe hacer, es que no concibo nada tan alarmante y doloroso como el hecho de que esta cuestión haya llegado a plantearse. No es cuerpo sano ni robusto aquel donde aparecen las negras manchas de la desintegración en vida, de la gangrena. No es nación sólidamente incorporada a sí propia aquella en la cual se debaten y han menester soluciones más ó menos coercitivas ciertos sentimientos que espontáneamente han de brotar de los corazones y albergarse en la conciencia de la colectividad; y los que no somos todavía decrepitos, podemos recordar tiempos en que tales sentimientos hacían innecesarias las leyes, y prestaban a las manifestaciones nacionales públicas carácter de poesía y de espiritual unión entre los españoles.

Sería preciso cerrar los ojos a la evidencia para no advertir que los conflictos, choques, asperezas y resquemores que han dado lugar a tal cuestión, nacieron a raíz de desventuras que me atrevo a llamar recientes, aunque haya sido una especie de táctica consigna el relegarlas al olvido y el hablar de ellas como podría hablarse de la pérdida de la Invencible ó de la rota del Guadalete... Por más beleño que nos hayamos empeñado en beber, por más cocaína que nos inyecten para insensibilizarnos, la herida escuece siempre una miaja, y esa miaja es la levadura que determina las fermentaciones.

El reumatismo empieza a disputar a la tisis el derecho a inquietarnos, y en efecto, parece cosa averiguada que los dos grandes enemigos de la humanidad son esos. Pero a mí se me figura que el reumatismo es sobre todo un verdugo, atormentador, y la tuberculosis una segadora rápida. Los reumáticos viven largos años, a menos que el reuma, desde el primer instante y por capricho, adopte una de esas formas crueles y expeditivas que posee en su variado repertorio.

Se distingue también el reuma de la tuberculosis en que puede influir mucho en el alivio la voluntad del paciente. La tuberculosis es más fatídica. Se apodera de un ser joven, alegre, lleno de ilusiones y de esperanzas, y sin que lo advierta él mismo, gasta su reserva vital, invade lo más íntimo de su ser con el horrible ejército microbiano, que no hay medio de combatir. No conozco, entre las impresiones tristes, ninguna igual a la de presenciar la lenta, irremediable destrucción de un organismo por la tuberculosis.

Y acaso los dos terribles padecimientos, tuberculosis y reumatismo, son los dos polos entre los cuales oscila el equilibrio siempre inestable del organismo humano... El que no pelagra por la tisis, tendrá dolores de huesos, articulaciones deformadas, sangre cargada de herrumbre, cojeras temporales y rojeces en la piel bajo el influjo de la temperatura... De algo se ha morir la gente, a pesar de los Sanatorios para tísicos y el gran establecimiento curativo de reumáticos que ha de instalarse en Mondáriz y será un portento, según anuncios.

EMILIA PARDO BAZÁN.